

EDITORIAL

LA PROGRAMACIÓN DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

El presente curso académico se inició con planes de estudio reformados para la mayoría de titulaciones clásicas y con la oferta de buen número de nuevas titulaciones.

Sin menospreciar la reflexión de carácter general acerca de la necesidad de un tipo u otro de estudios, queremos llamar la atención sobre algo que, nos parece, no ha merecido la consideración adecuada en los medios universitarios. Se trata de aprovechar la ocasión que brinda la revisión obligada de los planes de estudio para trabajar en el diseño de una programación teórico-práctica que trate de corregir los desajustes observados en el pasado.

Algunos colegas confiesan su agobio al tener que comprimir en cuatro años programas que se desarrollaban en cinco. Cuando lo oímos nos viene a la mente el "no es eso, no es eso". El objetivo de la renovación no es precisamente conseguir estudios sobrecargados, sino el desarrollo de programas totalmente nuevos, con un énfasis en coordinar teoría y práctica, a la vez que aumenta el contenido práctico en las carreras caracterizadas por un ejercicio profesional de elevada experimentalidad.

Pero vayamos por partes en la consideración de la problemática que queremos traer a debate. Puesto que la implantación del nuevo bachillerato sitúa en un plazo breve el acceso a la universidad de alumnos con formación diferente, ello debe ser tenido en cuenta, ya que no parece lógico plantearse nuevos estudios para viejos alumnos, es decir alumnos con una formación secundaria según un plan a extinguir.

Los últimos años se han caracterizado por un gran desarrollo de la investigación educativa y, si bien no siempre se derivan de ella recetas para el aula, sí que pueden apuntarse orientaciones que permitan incidir en los problemas que, como el fracaso escolar, se han convertido en un mal endémico del sistema educativo, con un coste social elevado.

Quienes más creen en la necesidad de renovar los estudios universitarios aspiran a superar fórmulas que sin ser malas llevaban una excesiva carga teórica a los estudios de carreras científicas, parte de la cual se corresponde mejor con estudios posteriores de especialización.

La renovación de programas no es tarea trivial, cuando además se quiere optimizar el tiempo que docentes y discentes dedican al aprendizaje. Implica detenerse a definir cuidadosamente los contenidos, su distribución en asignaturas, la secuencia adecuada para impartirlos, sin perder de vista el objetivo y el tiempo disponible por parte del alumnado para realizar el trabajo personal, poco considerado en nuestras programaciones.

En los últimos años el profesorado universitario ha realizado un gran esfuerzo en el ámbito de la investigación, pero la capacidad de las personas tiene límites y no ha sido posible seguir el mismo ritmo en la renovación de la estructura docente. Apenas quedan ayudantes de prácticas, y titulares y catedráticos se devanan los sesos para buscar nuevas fuentes de financiación de una investigación que, además, ha pasado a ser su único aval de calidad profesional.

La renovación de estudios ha llegado, parece, en un momento difícil para que un profesorado algo estresado con el pedigrí de sus publicaciones distraiga tiempo en el diseño cuidadoso de los currícula, pero el esfuerzo vale la pena y la sociedad nos lo demanda.